



Cristina Iglesia y Loreley El Jaber (directoras)
Una patria literaria. En Noé Jitrik (Dir.). Historia crítica de la literatura argentina 1.
Buenos Aires
EMECÉ editores
2014
531 páginas

Juan Ignacio Pisano¹

Papeles en disputa: miradas críticas en presente

Una patria literaria piensa textualidades en conflicto de diversa manera: los papeles del archivo que muestran disputas, estéticas, culturales y/o políticas, pero también la contienda que implica el desenvolvimiento de la crítica. No es casual este modo de accionar para una mirada que se adjetiva con el nombre de la disciplina. En efecto, Foucault (1996) mostró cómo el surgimiento del concepto de literatura y el discurso crítico son correlativos. No hay azar tampoco, entonces, en que Juan María Gutiérrez, autor del primer aparato crítico sólido, y Ricardo Rojas, fundador de la cátedra de

Literatura Argentina y escritor de una *Historia* descomunal, sean, tal vez, los sujetos más mencionados en este tomo. Textos beligerantes de un período que abarca desde el siglo XVI hasta el rosismo son registrados en el volumen y expuestos ante una mirada crítica que se hunde en el trasfondo de un archivo que parece exponerse renovado, desandando lo dicho en una valencia que oscila entre la “maravilla potencial a la espera de su descubridor o (el) reconocimiento (..) de todo lo que pudo haber sido pero no fue”; sin embargo, la constatación de una ambigüedad es sólo el primer paso, ya que

¹ Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Becario doctoral Ubacyt. Mail de contacto: pisano.juan@gmail.com.

la “resolución del enigma sólo la ofrece la experiencia” (55). En todo caso, este libro nos brinda textos críticos que ofrecen experiencias de análisis signadas por una tenaz actividad de lectura/escritura que hurga y desanda todos estos siglos de papeles.

Este proyecto historiográfico encuentra su marco más abarcativo en una idea que, según dice Noé Jitrik en el texto que inicia el tomo, guía el proyecto que él dirige. Ella “concibe todo discurso historiográfico como relato” (7). Asumir este postulado implica desentenderse de otro, más ilusoriamente diáfano, menos tempestivamente arriesgado: aquel que se maneja por una idea de referencialidad. De este modo, en un texto que inicia el tomo y que se llama, en un supuesto efecto tautológico que requiere análisis, “Apertura”, se postula un principio rector de esta empresa crítica. La aclaración respecto del título requiere una mínima reflexión debido a que si bien es el primer tomo de esta colección es, al mismo tiempo, el anteúltimo en salir.² Esa *apertura* es, por lo tanto, un juego, el modo de mantener un carácter de intervención en el continuo derrotero del discurso, la forma de postular un grado cero del proyecto en este desfasaje de la temporalidad efectiva de su publicación. La *apertura* no se rige por la cronología editorial y propone, por lo tanto, una relectura de los tomos previamente publicados ante su propia luz. En el centro de esa relectura se encuentra, como se mencionó, un postulado: hacer un relato.

El plan de esta historia crítica tiene una marcada diferencia con otros similares y ella puede pensarse a partir de la adjetivación que acompaña a la *historia* del título. Se inmiscuyen, allí, la teoría

literaria y una perspectiva marcada por el contexto en el cual emergen los volúmenes, porque cada uno lleva el sello de su momento de publicación en la apertura a los debates recientes; es decir, en los cambios teóricos ocurridos durante estos quince años desde la aparición (temporalmente entendida) del primer tomo, en las visiones que se incorporan al campo de la crítica sobre la literatura argentina. Se trata, entonces, de una historia cuya escritura se reconoce *por y en* su presente de enunciación. Al mismo tiempo, señala Jitrik que esta historia se propuso trabajar lo “todavía no sabido o pensado” (10) brindando, de ese modo, una comprensión novedosa (no pensada) sobre un fenómeno literario ya trabajado o abocarse a uno no estudiado aún (no sabido). Pero, interesante gesto, esta historia que se presenta en tanto relato no se impone como clausura y brinda una posibilidad de futuro, un imaginario de continuidad, en el desapego de su propia canonización al “admitir, por cierto, que tal conclusión es provisoria y que acaso, después de llegar a la meta, como en todo relato, la historia recomience” (11). La disputa de los papeles queda abierta como posibilidad, como lectura por venir hacia otro presente.

Asimismo, cabe particularizar – señala Jitrik– una pregunta: ¿Qué es lo historiable en esta *Historia crítica de la literatura*? La materia, responde, de esta narración es la textualidad literaria. ¿Qué cabe, podemos preguntarnos nosotros, en el imaginario de este relato, como objeto o deseo en la selección del material trabajado? Se trata, como se adelantó al inicio, de textos pero también de los conflictos que han generado, de las lecturas sobre los mismos y de los debates

² Queda un número por aparecer, que cerraría la colección.

entre lecturas; de un modo, en definitiva, de narrarlos rubricado por una mirada que se asume crítica. La manera que esta historia adopta responde, entonces, a la forma de una narración cuyos protagonistas son esos papeles donde confluye la literatura con otros discursos, así como de las disputas que de ellos emanan.

Los movimientos críticos: corpus, lectura, significación

El Jaber e Iglesia dan impulso a este relato en dos imágenes que brindan en la “Introducción”. Una de ellas será una “imagen de la negatividad” (15): la falta. En efecto, el período estudiado se afirma, discursivamente, desde la constatación de una ausencia, un vacío. Esa falta y ese vacío remiten, inexorablemente, al espacio, elemento central de esta historia. El título coloca al lector ante ese preaviso: es una *patria* literaria y, por lo tanto, la idea de nación, tan fuerte en Ricardo Rojas, aquí no cumple un rol organizador –lo cual, por otra parte, le permite ser objeto de la mirada crítica al interior del volumen, por ejemplo, en el artículo de Susana Poch–. Falta que se observa en las crónicas coloniales del Río de la Plata que estudia El Jaber, pero también en la disrupción que produce la revolución de Mayo. “¿Qué hay antes de mayo desde la perspectiva de los letrados? [...] Parece no haber nada. [...] [así] el corte entre pasado y futuro se anuncia como irreversible” (153), dice Alejandra Laera, y muestra cómo los hombres de Mayo se proponían, como señala Mariano Moreno, *hacerlo todo*; gesto que encierra un dispositivo de lectura que buscará seleccionar contenidos y construir significados para una pedagogía ilustrada de la nueva Nación –tómese por caso, la voluntaria omisión de Moreno, que en su traducción de *El*

contrato social de Rousseau dejará afuera el capítulo dedicado a la religión–. *Patria literaria*, es decir: lugar, espacio propio para una literatura, sus conflictos y resoluciones epocales.

A esa imagen de la falta se le opone otra que, en su positividad, es pensada en tanto *exceso*. El derrotero de esa historia de lo abundante, de lo que desborda, comienza también con las promesas de riquezas que estas tierras auguraban a los conquistadores, tal como lo estudia El Jaber. Pero también con Pedro de Angelis, señalan las directoras del volumen, cuando éste destapa la cantera del archivo y surge un pasado profuso de sentidos y papeles. Ese exceso se materializa en la construcción de una figura autoral por parte de Juan María Gutiérrez: Esteban Echeverría. Su rol en la publicación de las *Obras completas* del autor de *La Cautiva* y la puesta en circulación de *El Matadero* proponen el suelo sobre el que la crítica del siglo XX ensamblará parte de su aparato de lectura en torno a una génesis de la literatura argentina. En efecto, el artículo de Cristina Iglesia lleva el sugestivo título “Echeverría: la patria literaria”, que resume y cuestiona una historia de operaciones por parte de la crítica porque el “éxito del poema es también el de su perduración como matriz de un sistema de alusiones que sigue fascinando a críticos y escritores” (371).

Dos imágenes en apariencia, sólo en apariencia, contrapuestas, pero unidas en una articulación que habilita el devenir de la pregunta rectora de *Una patria literaria*: ¿Cuándo esa patria (ese espacio) surge en la Argentina? La respuesta no sólo se encuentra en autores y textos, sino también en “los actores de esa patria aludida” (17). En principio, españoles conquistadores y letrados de diversa pertenencia ideológica, aunque también indios, aquellos de los cuales “no hay

registro de la voz” (55), y gauchos, cuya voz fue *usada* por una poesía gauchesca que encuentra aquí una lectura sobre la autoría en Hidalgo, que Pablo Ansolabehere vincula a “la consistencia de los personajes (tan fuerte) que son ellos los que parecen determinar la existencia de una obra” (299). Si hay relato, entonces, hay personajes/actores que lo sustentan. Eludiendo mitos de origen, este volumen se aboca a pensar figuras de autor, contactos entre etnias, burocracias, culturas políticas, historias, espacios, imágenes, saberes, sujetos criollos, escrituras, teatros, viajes, prácticas culturales: en efecto, la serie recién enumerada proviene de extractos y paráfrasis de los títulos que enmarcan los textos que componen el libro. Discurren, por allí, los autores infaltables y otros que se recuperan en un movimiento crítico que responde a exigencias del presente de la disciplina, como es el caso de Francisco de Paula Castañeda, cuya lectura toma a cargo Claudia Román.

Por último, recorre estas lecturas una inclinación al archivo, aludido al inicio, instancia fundamental para un trabajo crítico que no se resuelve en la biblioteca, sino que hurga en el polvo de los estantes y los ficheros. Es el caso de Rojas, que ya había salido a cazar las liebres para preparar el “riquísimo guiso” (17) que le reclama el entonces decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Rodolfo Rivarola, en tanto metáfora del contenido del programa de la recién fundada cátedra de Literatura Argentina, como señalan Iglesia y El Jaber. Es decir: el vacío supuesto por el decano, superpuesto (en disputa) por una imagen excesiva (*hacía tiempo ya* que Rojas atesoraba las liebres). Hurgar, como tarea de una crítica que selecciona con la mirada atenta de quien se sabe delante de un tesoro y lo disputa en la experiencia —esa que, en última instancia,

puede brindar resoluciones a los enigmas, según sostiene El Jaber—. Palpa y remueve, en un gesto arqueológico, entre el legado de figuras tan fuertes como Gutiérrez, o colectivos tan potentes como el federalismo rosista (en el artículo de Ricardo Salvatore), para encontrar el hueco que descentra la abundancia de esas herencias contra las que debe medirse una crítica que mira en presente. No obstante, además, se adentra en una madeja de textualidades que sobrevivieron, furtivas, a la censura imperial y al *corte* revolucionario y que pudieron conformar un acerbo de lecturas. Así, Graciela Batticuore lee prácticas y legislaciones que intentaron limitar la circulación de libros, y lo hicieron, pero que también produjeron el efecto contrario y promovieron, en torno a bibliotecas ilícitas, lectores coloniales. Libros prohibidos y lecturas permitidas se conjugan en el acopio previo a Mayo, en la biblioteca de Juan Baltasar Maziel, por ejemplo, donde Rousseau convivía con Voltaire. Si, como se señaló antes, el imaginario de 1810 se proyectaba ante la necesidad de hacerlo todo, pero sin referencia a algún todo (por escaso que fuera) previo, la mirada crítica de este, nuestro presente, descubre que la “gran novedad que impuso la Revolución de Mayo en esta materia fue *de sentido*” (438) y no de sustancia. El *todo* de Mayo era una forma más de la disputa de papeles. En palabras de Amanda Salvioni, se trataba de olvidar el pasado colonial. Las consecuencias de ese olvido, de ese ilusorio comienzo *sui generis*, fueron de larga duración e impregnaron, incluso, miradas críticas del siglo XX. Sin embargo, *Una patria literaria* interviene volviendo legibles instancias cuya anterior opacidad hoy cobra los matices de la posibilidad en una lectura que impulsa —indica Jitrik en la “Apertura”— a la persistencia y a la futura disrupción. La

colonia aparece, así, como un espacio que es necesario iluminar con la mirada de un retorno no melancólico, mucho menos esencialista, sino, en cierta manera, disruptivo (como lo eran las rebeliones indígenas, las bravatas gauchescas, los sonidos del murmullo revolucionario, la cultura política rosista).

¿Dónde hallar el lugar de contacto entre la imagen del exceso y la de la falta? ¿Qué imagen es posible soñar hoy para la literatura argentina que no redunde en los lugares comunes heredados? En todo caso, parece decirnos *Una patria literaria*, no necesariamente en abandonar ni los lugares ni lo común, ya que allí tal vez precipitemos el placer, que señalaba Barthes, del contacto con los clásicos; sino en hacer de ese encuentro un espacio de disponibilidad para la acción, para el continuo devenir de una lectura crítica que piensa la identidad de lo literario en un fluir entre papeles que nunca descansan de su propia conflictividad.

Referencias bibliográficas

Barthes, Roland (1993). *El placer del texto*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Foucault, Michel (1996). “Lenguaje y literatura”. En *De lenguaje y literatura*. Barcelona: Paidós.